

Juan Carlos Garavaglia. Hasta siempre.

Christophe Giudicelli

"¿Giovanni" ?? ¿Cómo que "Giovanni" ? De haber visto la cara que puse al leer lo que rezaba la placa dispuesta en aquella estúpida caja en el cementerio del Père Lachaise, Juan Carlos habría soltado sin duda su tan característica carcajada bigotuda, intuyendo sin mayor dificultad que de ahora en adelante me iba a olvidar del nombre compuesto para adoptar el apostólico apelativo. Llegaba tarde : supe después por sus amigos de toda la vida que esa identidad ya había sido motivo de infinitas bromas.

Decir que eso alivió ese día sería muy exagerado. Los amigos que ahí estuvimos pasamos sin lugar a dudas el peor momento que nos tocó compartir con Juan Carlos. Nada de chistes, ninguna ironía y, sobre todo, ninguna conversación apasionada...

A Juan Carlos lo conocí en el pasillo. A fines del año 2001, volví a Francia, después de varios años entre México y España. Con el doctorado recién defendido, me había ganado un puesto de titular en otra universidad parisina pero iba seguido a la EHES, y más precisamente al CERMA: para participar en los primerísimos tiempos de la revista *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* y para las reuniones de un joven equipo de investigación armado por Guillaume Boccaro.

Así fue como lo conocí a Juan Carlos: en el pasillo de las tres oficinas que contaba el CERMA. Ya lo conocía de vista, por haberlo escuchado en varios seminarios durante la preparación de mi tesis, pero nunca habíamos hablado realmente. Junto con Carmen Bernand era quién más se interesaba en los jóvenes doctores o doctorantes –*los pibes*– que éramos entonces, lo que llevó después a varias colaboraciones con ambos y a un sinfín de cafés informales pero siempre elocuentes. Creo que esos primeros tiempos nos volvieron a todos en mente cuando nos encontramos Gilles Havard, Capucine Boidin y Maite Boullosa en un café cercano al Père Lachaise, para ir juntos a saludarlo por última vez.

Lo que nos acercó con Juan Carlos fueron varias cosas. Lo primero supongo que habrá sido un común tropismo argentino y una coincidencia de recorrido: después de un doctorado preparado en México, había decidido volver a mis primeras amores rioplatenses, y cruzaba el Atlántico cada vez que podía. Trató de guiarme como pudo en ese campo minado que es el medio académico argentino, que yo desconocía casi por completo, y traté en la medida de lo posible de seguir sus consejos.

Solíamos coincidir en el CERMA los miércoles, por alguna razón. Esa casualidad semanal tenía gratas consecuencias rituales : casi siempre terminábamos almorzando juntos en el tétrico comedor del sótano del 54 Bd Raspail comentando entre dos papas fritas los artículos del *Canard Enchaîné*, diario satírico -pero muy serio- que sale todos los miércoles. El *Canard* no deja títere con cabeza y le gustaba tanto a Juan Carlos que confesaba no poder leerlo en el subte por la risa que le causaba tanto el tono de los artículos como el tenor de los dibujos. Otra de las cosas que nos acercaba : una común aversión por la tibieza, por no decir el pulcro apolitismo de muchos de nuestros colegas, que iba -y va- mucho más allá de un simple aislamiento torredemarfilesco. El debate sobre la "cuestión colonial", cuya publicación tuve la delicada tarea de coordinar en *Nuevo Mundo*, dio una muestra de este parteaguas algo más que teórico: mientras Carmen Bernand y Juan Carlos

Garavaglia demostraban la realidad de la situación colonial de los indígenas en el periodo español, otros, apoyándose en una visión estrictamente institucional – *organicista*, decía Juan Carlos no sin alguna intención polémica– mantenían que las Indias no habían sido más colonia que otros virreinos u otras provincias europeas de la monarquía.

Por su trayectoria militante, Juan Carlos sabía relativizar los discursos de poder universitario, la pasión por las intrigas de pasillo: la *grilla*, según un mexicanismo que usaba cada vez que podía. No que se desinteresara del funcionamiento de la institución en la que trabajaba, ni mucho menos, sino que sabía que la vida real existía también, ahí afuera. A al respecto citaba *volontieri* –otro dandismo lingüístico muy porteño y muy suyo, ése de *mezclar* palabras italianas con el castellano– a Eric Hobsbawm, quien decía que “tenía la pasión del siglo XX, es decir, la militancia política”. En el primer semestre del 2006, todo el país fue sacudido por un movimiento social muy fuerte contra el “Contrat Première Embauche” (CPE), una ley que promovía un estatuto laboral precario especial para los jóvenes. Una abrumadora mayoría de las universidades francesas fue afectada por una huelga masiva y muchas fueron tomadas durante semanas, cuando no meses. Las marchas llegaron a reunir millones de personas, en un ambiente a veces muy tenso. En marzo, un anexo de la EHESS fue a su vez ocupado por un grupo unos pocos activistas cuya violencia se limitó a unas pintadas más o menos espirituales en las paredes y alguna que otra computadora dañada. Durante los cuatro días que duró la “ocupación”, la mensajería colectiva de la EHESS se llenó de mails exaltados que ponían el grito en el cielo contra tamaño atentado contra el templo del pensamiento crítico. No pocos autores exigían explícitamente una intervención inmediata de la policía y un castigo fulminante para los estudiantes culpables de semejante desacato. A Juan Carlos se le ocurrió sugerir en la misma lista de discusión que, tal vez, en una institución en la que se producían año tras año sesudos estudios sobre cuanto movimiento social y cuanta revolución hubiera en el mundo, no fuera inútil observar los hechos con calma, y tratar de entender el momento histórico que nos tocaba vivir. Para qué... Nuestro amigo había desatado una reacción furibunda que se tradujo en una avalancha de mensajes vengativos contra el *populismo* de esos colegas llegados de otras tierras y que, por lo visto, eran incapaces de entender las sutilezas de la democracia...

Compartíamos un mismo anclaje académico en lo que la taxonomía académica se empeña en llamar la edad moderna o, para el caso específico de la América española, la historia colonial. A pesar de eso, Juan Carlos vivía *en el siglo*, para hablar en términos jesuíticos, de modo que pudimos mantener largas conversaciones sobre asuntos de historia –y de política– contemporánea, francesa y argentina. Todavía le estoy agradecido por haberme invitado a la defensa de la tesis de Humberto Cucchetti, que no versaba precisamente sobre mi tema oficial de investigación –pero sí sobre un periodo que me interesa sobremanera– aunque me obligara a chapotear durante muchos centenares de páginas en las aguas más turbias del peronismo católico y del peronismo de derechas.

También me alegró mucho que haya podido finalmente escribir lo que sin duda fue su libro más personal, sobriamente titulado *Una juventud en los años sesenta*, por varias razones. La primera, egoísta, es porque encontré en esas páginas el final de varias charlas inconclusas, y unas respuestas a mis preguntas sobre los setentas que habían quedado en suspenso, porque uno de los dos había llegado a su estación de subte o porque habíamos tenido que interrumpir la conversación por alguno u otro motivo. La segunda, mucho más fundamental, pero

vinculada con la primera es porque sé cuánto le costó formalizar estas mismas respuestas que encontré desarrolladas en el libro. Venía hablando de ese testimonio desde hacía muchos años y doy fe que le dolía mucho lo que tenía que escribir.